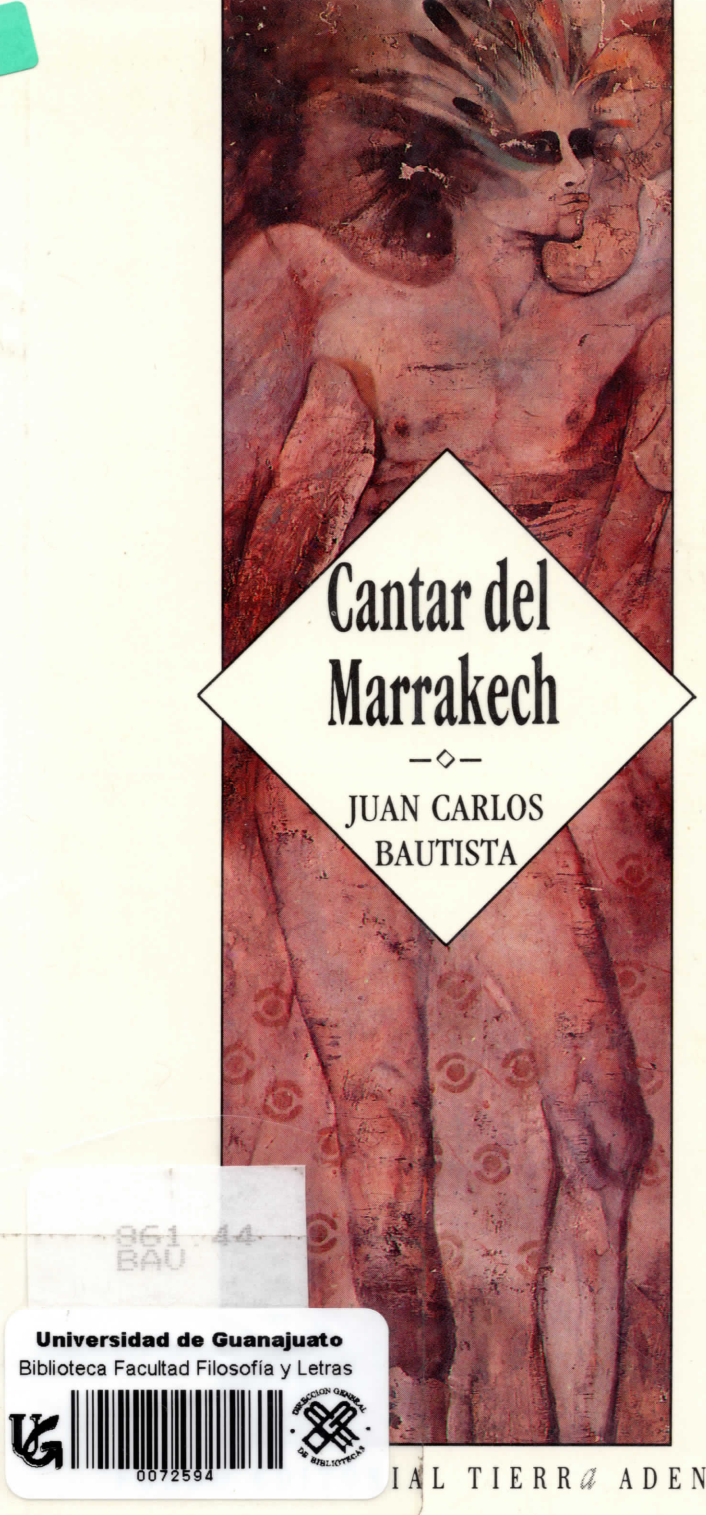


Cantar del Marrakech

JUAN CARLOS BAUTISTA

[EDITOR]IAL TIERRA ADENTRO

Juan Carlos Bautista CANTAR DEL MARRAKECH 99

Juan Carlos Bautista nació en Tonalá, Chiapas, en 1964. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Forma parte del consejo editorial de la revista *Del Otro Lado* y es fundador de la publicación periódica *Opus Gay*. Textos suyos han aparecido en *Viceversa, Mira, Punto, Los Universitarios, La Jornada, El Nacional, El Financiero, La Guillotina* y *Punto de Partida*, entre otros medios.

En 1985 obtuvo la Beca Salvador Novo del Centro Mexicano de Escritores. Un año antes fue merecedor del Premio Punto de Partida. En 1992 resultó triunfador en el Concurso Internacional de Cuento convocado por el Grupo Editorial Siete y La Guadalupana.

Ha publicado el poemario *Lenguas en erección* (1990) y participó en los volúmenes colectivos *Fuera del calabozo* (1983) y *El nuevo arte de amar en México* (1991).

Portada: *En alas de la consumación* (detalle), de Juan Sánchez-Juárez.


Cantar del Marrakech

CANTAR DEL MARRAKECH

Juan Carlos Bautista





Primera edición, 1993
Portada: Natalia Rojas Nieto

Arenal 40, Chimalistac, D.F., C.P. 01070

Impreso y hecho en México
ISBN 968-29-5496-7

A Jaya Cotic,
que abrió el camino
de estos poemas

Entono mi plegaria contra el miedo. Contra el miedo
del hombre que se arrastra. Silba. Vuelve a escupir.
Maldice.
Vuelve a escupir. Alaba. Se duele. Me lastima. Se dobla.
Me desplaza. Contra ti mi plegaria. Plegaria contra el
miedo. Mezcla de horror y júbilo. De fibra lacerada.
Contra mi lado oscuro. Contra las aguas mansas. Contra ti.
Contra todo. La voz. La voz. La frágil marioneta.
[...]
Imploran los que fuimos tan muertos por el fuego
y volvemos llorando al ojo de agua.

María Elena Cruz Varela

Tras cortinas de nervios y mareos,
catedral hundida en su sueño
entre onirias agazapadas,
estaba el Marrakech.

Las rocolas echaban a volar sus cuervos
y las locas,
de risas lentejuelas,
empapaban el aire de miradas.

Las liosas, las dulces,
las tibias, las acedas:
nacidas de su amor asustadizo
y del husmo triste de la sodomía.
Con sus gestos como puños
y las manos llenas de fervor, ladraban:
vírgenes berriondas
de tardes en declive y noches sin tregua,
tendidas bajo el sol bajuno de las lámparas.

En el Marrakech eran soberanas,
cerraban las piernas como señoritas
y reían como putas.
Oscuras y alegres como algo que va a morir.

Ellas,
las sin vértice,
con el vinagre siempre en la lengua

y la sed,
    y el ardor de esa sed.

Iban al Marrakech exhalando olor de puertos
y ciudades de noche.
Reinas amarillas,
            amoratadas,
                        subidas de color.
Reinas de melancólico fumar
que oteaban descaradas el pez de los hombres
tras pestañas egipcias y dolencias abisinias.
Henchidas de presentimientos,
fieles a su embuste,
    ligeras y estridentes como plumas,
paseaban su odio, su ternura,
    su culo espléndido,
            entre el azar de las mesas,
girando con el hábito furioso del insecto.

Iban al Marrakech y lo llamaban alegremente:
            El Garra.
El Garrakech o el Marranech.
Hechizadas ante ese nombre crispado y su conjuro.

—Vamos al Garra, querida.
Hay una loca que da vueltas.
Hay una bicicleta que camina sola.
Hay un hombre que se hinca frente a una verga
como frente a una cruz.
Hay esfínteres que son grandes oradores.
Hay un cábula lamiéndose las ínfulas.
Hay un gandul con la garganta a media furia.
Hay un niño con los ojos cerrados.

Hay paredes pasándose de verdes.
Hay una loca que da vueltas sola,
como una bicicleta sola,
tan sola que da miedo.
—Vamos al Marranech, queriiida.

Y las nalgas se inflaban.
Y los culos se abrían como boquitas.

Con la jeta reclinada en el pecho,
la mueca de humo
                    y la cerveza a un lado,
los chichifos,
            con la bragueta hinchada por el miedo,
                        vendían su costado salobre.
Ángeles suntuosos,
            ángeles pérfidos y adoloridos,
gabrieles capitanes de labios reventados,
húmedos como tubérculos
            que nacen gritando de la tierra
                        su morena brutalidad.

Retoños del Señor y Satanasa,
con su blanca flor cuajada en el vientre
y el corazón azuzado por la culpa,
            miraban de soslayo,
      ungidos de resentimiento,
y su erección era una crueldad refinada.
Obeliscos que se alzaban contra la ruina de la noche,
cuerpos duros y tiernos,
con su luz insidiosa y hábil para el despojo.
Ángeles contra el instinto
que arrojaban gargajos en la frente del enfermo
y en el pecho del que guardaba,
                  ruborizado como una niña,
            su corazón caliente y triste.

En la penumbra del Marrakech
alzaban los sobacos llenos de resplandor
y elevaban el vuelo hasta alturas de vértigo
—su limpio gesto gregoriano.
—Y las locas comenzaban a rezar.

Y fue allí,
enmedio del ruido interminable,
bajo la luz mugrosa
y entre el olor picante de la cerveza y los orines,
en esa vuelta y vuelta
que uno quiere incendiar
y que no prende,
en donde yo,
yo misma que no sabía lo que era,
Yo perra Yo ladrona Yo delatora
Yo, ese muchacho
sumergiéndose en el Ganges
entre cadáveres y mugre,
entre amantes desnudos y gente que esperaba a Dios

Y la mirada en los reflejos del agua
nadando entre peces viriles.

Y el cielo, el cielo verdadero
cayendo sobre la esquina de mi
cuerpo.

Yo, enamorado de esa soledad enamorada de su hora.
Estatua ruinosa.
Viento joven que se rinde por desesperación.

Fue entonces,
en ese sitio letal

donde la piedra cultivaba ciegamente su rosa,
cuando desaté la sangre
y la carcajada.

Loca liosa con las arterias en la mano.
Yo bestia   Yo putilla   Yo cabrón

¿Por qué tuve que caer?
¿Por qué con esa felicidad?

Fue allí,
y todos los laberintos eran mi indiferencia,
adonde, hosco como un dios cansado,
envejecido pero naciendo cada minuto
ferozmente de mi cuerpo,
hice callar al hombre
y perverti a la mujer.

Mírame, loca.
Mírame cuando pases riéndote frente al espejo:
he corrido a besar los cuchillos,
y el amor,
ese puerco que sabe ruborizarse,
hizo la señal.

(Diabla la Grande)

No era bonita Diabla la Grande,
había en su cara bestialidad
y la recorría ponzoñoso un viento sin recodos.
Y, sin embargo,
era un caballo-lirio vestido de mujer,
un montón de rosas oscuras
reclamando caricia en las espinas.

Diabla reía
y su risa era un ensimismamiento de piedra viva,
un relámpago en la noche inútil del Marrakech.

Larga,
como una serpiente su cuello,
tumbada en camastros de hotel,
desatada del mástil del día,
entre risitas roncas
y colores a punto de pudrirse,
amando su perdición,
el alcohol de su sangre
y su muerte.

La recuerdo olorosa a cerveza y vómito,
el día que la dejó Pascual
y supo
que los oscuros sólo de amor quieren morir,
y de vergüenza.

En el miadero,
largo y solemne como un abrevadero de caballos,
los hombres levitan como iluminados.
Se hincan,
echan a beber la bestia fabulosa;
alguien alarga su sexo como una dádiva:
esa cabrona dama de la caridad.

En el miadero, los hombres cierran filas,
se empapan en orines,
untan los muslos
y se abrazan como en el último día del Sexo.

Triste abrevadero de caballos
donde las miradas corren en declive
y las manos,
inocentes y abyectas,
se encienden de barroca necesidad.
Ahí, entre paredes garrapateadas,
los cuerpos chocan contra sus sombras.

Los mingitorios callan supersticiosamente.

Triste, triste abrevadero de caballos:
el sonido de los chorros recrea la furia,
no hay tiempo para las grandes pasiones,
brincan los niños,
enloquecen.

Hermosamente retocadas
frente al espejo en llamas, se deciden.
Y piensan: nunca más.
Y delinean el ojo nuevo, los senos, el falso sexo de mujer.
(A su alrededor, estrechándolas suavemente, el aire se
calienta. El aire que las recorre por primera vez.)

Si Dios fuera María,
                    Juan María Egipciaca.
Si el mundo fuera el otro,
          el que se agazapa en la sombra,
el que rasga la noche en cada rostro helado.
Cuerpos que son sólo cuerpos, limpios y viles, rubores
tensos,
sobacos con olor a dalia de eternidad.
Vestidas así ni la muerte misma daría con ellas.

Diosas malvadas, con el alma al filo del ojo,
diosas de corazón zumbante
y antropófaga alegría...
     ¡alegría!
...esa bestia que no las deja en paz.

(Hugo)

Obligado por la resaca
un minuto se quedó callado,
mojó de cerveza sus labios
y su sombra fue húmeda y amarilla.
(Su respiración de fruta casi se podía morder.)

17 años: ésa era la cosa.
Se asomaba el ojo del ombligo
y entre sus piernas,
su sexo niño no dormía ni dejaba dormir.

Hugo:
La cantina levantando sus estípites alrededor
de tu indolencia,
la noche que susurraba para tu pie desnudo
y despiadado,
todo se explicaba por ti.
Todo,
incluso la realeza de las cuinas,
su labio desbordado,
ese festín agrio
que las hundía de pronto en un tiempo duro,
con la sangre burlando su forma de raíz.

No era épica aún tu virilidad,
pero tu dulzura gramosa
levantaba pendones empapados
y las vergas en su laberinto hacían un ruido
intolerable.

Sin que tú lo advirtieras, Hugo,
sin que pudieras vencer el peso
que te embrocaba sobre la tierra,
entre la soldadesca ávida
y bajo la mirada caliente y negrísima de tus enemigas.

Rayando el cielo
pasa una parvada de vergas:
¡cuir! ¡cuir! ¡cuir!

En el Marrakech las locas hablaban
de seres purísimos y bestiales,
de señoras malditas,
tan poderosas que tumbaban a la gente
sólo con su cercanía,
únicamente con el presentimiento de sus chorros.

Hablaban de vergas,
y sus lenguas adquirían un peso abominable.
Llegaban bajo estruendosos pliegues,
inéditas como la dicha
y la fatalidad.
¡Siempre esperadas!, ¡siempre inesperadas!
¡Qué de brillos cuando el mayate
la rascaba mandarín,
cuando la mimaba
siguiendo con los dedos su curso vivo!
Hasta la más agachona tenía su felicidad,
pie desnudo,
enredadera impotente y fácil.

Decían las locas:
Toda horrorosa sierpe tiene lo suyo,
son un vaso a medianoche y a medianáusea
lustroso de miel.

Decían las locas: La Verga.
Porque debe decirse La Verga.
La palabra se ensancha en la garganta
y ya los ojos no tienen escapatoria.

Sale de su escondite
y roja de fanatismo
se pone a cantar.

Diabla:
¿Qué tan miserable serías
que el deseo de Pascual
te hizo dilapidar como nuevo rico?

La edad te alcanzaba,
aburrida y sola
como un policía enmedio del tránsito.
El amor es terrible con los hartos.

Todavía despiertas de noche
y buscas su hombro como un vaso de agua.

Y tiemblan por ti las puertas
y las sillas vacías.
Muerdes la almohada
hasta sangrarla de sueño y cansancio.
Muerdes el aire de la noche.

Y sonríes,
sonríes levemente
por el muerto que tendrás para llorar toda la vida.

Adentro
sin peso
cada quien era su cuerpo
libre de amor
sin odios ni recuerdos.
Cada quien era su carne
viva como una rosa animal
única moneda en nuestras manos.

Y nos entregábamos porque sí
por vernos la agonía
mondados los huesos
y desnuda la sangre.
Era delicioso callar nuestros nombres,
era bendito mentir,
abrazarnos fuertemente
como si nos fuéramos a caer.

Y caíamos.

Algo,
alguien me temblaba cuerpoadentro
y me quería nacer
como una palabra presentida.

Ya no quería mi casa ni mi pasado
y ser exigua me sofocaba.

Dios, líbrame del amor.
Húndeme en él.
No dejes que dude,
yo lo crié desesperadamente,
y de nada sirvieron
las palabras, el odio, la locura.

Otra vez estoy como piedra que no alcanza el aire.

Y la noche canta sin piedad
arrancándose la garganta a gritos.

También estaban los sardos,
pelones y prietos,
con la verga abriéndoles paso a puñetadas
y las nalgas arrempujándose como enemigas,
negando la luz al culo
en permanente insurrección.

Los sardos:
lumbre de piedra,
carne dura de odios,
con la verija echa nudos
por la emputecida saña del alcohol.

¿Qué veneno les brotaba entre las piernas?
¿Qué modo era ése de pensar con los huevos?

Los sardos:
quien los llamó islas inasequibles
no supo de las pájaras que volaban hasta ellos,
zumba que zumba,
a bañarse bajo la lluvia a chorros de la leche,
a pasearse entre esas piedras
y a cagarlas.

Nada que no fuera su cuerpo me servía,
nada sino su carne estrecha,
sus piernas ariscas y empapadas
y ese ruido que le venía de lejos.

Por unas semanas hicimos nuestra alanía
bajo esta piedra,
y nos lavamos los pies evangélicamente
y nos arrancamos las ropas para no volver a ellas jamás.

Me creció a las orillas como un árbol,
alrededor como una casa,
en el silencio
como una carcajada a punto de enfermarme.

Estuve bien bajo su sombra
y casi no podía respirar el aroma arracimado de su carne.
¿Era eso el amor? ¿es así?
¿Crece de esa mojada manera?
¿Se entierra tan oscuramente
como la raíz en la piedra?

Cunde la campánula hasta sofocar la fronda.

Los pájaros volaron alrededor de mí
y picotearon mi sexo como un higo podrido.

(Jana de la noche)

Has perdido más de lo que tú crees
y menos de lo que yo pienso.
Pero tu corazón,
                    un motor lleno de ira,
tiene su promesa intacta.

Tus pechos a fuerza,
                    tu boca y tu culo
son para llevarle la contra a Dios,
                    el Gran Defraudador.

¿Es tu cuerpo cárcel de varón?
¿O es Otro el que ahí rebuzna y gime,
                    mientras tú sonríes,
          con tu mejor sonrisa de puta babilónica,
a los hombres-automóviles que pasan por la calle?

Ay, debes estar loca de veras
para que tus pestañas giren en su débil sueño
y tu carne tenga su propia luz
y su propia, intensa, oscuridad.

¡Brilla para poner en claro quién es la reina!

Tienen las calles un acertijo para ti.
La noche tiembla,
el tiempo tiembla,
y tú, augusta como mástil que la niebla ciñe,
también,
imperceptiblemente,
tiemblas.

Si fuera sólo
desmadrarse tres minutos.
Pero la canción,
Juan Gabriel maldito,
se clava en el hueso
y se entierra detrás de la pupila.
Como enfermedad que dura más allá del microbio,
dulcemente nos quema.

Tú lo sabías,
emergiendo en púrpuras de tu abrigo,
con la voz vasta
del que ha sufrido la pasión de todos.

Tú, profeta
—las mieses cayendo sobre el corazón de tus pobres
y el sexo de los eunucos coronándote—
no conocías lástima ni reposo.

Ahí va tu evangelio
en las cantinas, en los tristes hotelitos
y en el radio de las niñas que sueñan.

Esta es la verdad,
el cuerpo y la sangre
de los que se alzan contra sí mismos.

La espina, queridas,
se yergue sobre la ruina de la rosa.
¿Qué queda de su brillantez
sino enfermedad,
una sombra que corre como lumbre por la sangre?

Queda la vergüenza,
roja de ira,
y el fastidio,
sobre todo el fastidio.

Es una lástima:
Justo cuando empezaba su arrullo,
la cerveza se me hizo amarga.

La furia
la vejez también
crecían lentamente como árbol
enmedio de la noche.
Y su ruido íntimo era rumor de cuerpos infames
apiñándose bajo los cuerpos vivos,
al filo de las pieles victoriosas,
bajo los párpados y entre los húmeros.

La pasión y sus vicios:
Todo se vuelve una costumbre bárbara.

Todo ha de caer.

Todo,
hasta la juventud bestial,
se rinde.

De la sangre sin rémora
quedan los abrazos podridos
y el agua de aquellas miradas
asfixiándose bajo la tarde.

¿De dónde los resplandores?
¿De dónde esta torva alegría
que te llena la carne de nervios?

Eres sólo piel y número
y ese pelo falso no te hace invulnerable.

La luz que penetra por los visillos
es ahora tu enemiga,
ronda tu palidez
y tu cuerpo tirado como un trapo.
No tienes salvación,
aunque te enquistes,
aunque te llenes de colores.
Confiesa que tu amor te despunta
alas lamentables.

Mariposa-lagarto:

quieres volar
y tu pesado corazón
te hunde.

Mas ellos
a su propia sangre
ponen asechanza.

Proverbios

Alameda:
Cuando las ratas hayan roído tu raíz
y los bárbaros devoren el último de tus brotes,
saldremos las locas a jugar en tu lodo,
a trenzar guirnaldas de brazos y canciones.

Vendremos peregrinando
desde aquel Marrakech
muerto a tus orillas,
casi tanto como tú, bosque de Arden humillado.
Y nos comeremos la piedra de tus fuentes
y las dulcísimas nalgas de tus estatuas.

Haber sido hoguera de canallas
para acabar en esto...
Tus ángeles con las alas carcomidas
por el aire impuro
y Juárez pidiendo tolerancia,
mudo de pavor.

Pero aun entonces
estaremos los rateros,
los viejos mirando el tiempo calcinado,
y las locas,
las locas con su pregunta en el párpado,
dando vueltas alrededor tuyo
sobre un caballito
alado y caliente.

¡Cuir! ¡Cuir! ¡Cuir!

Índice

Cantar del Marrakech de Juan Carlos Bautista
se terminó de imprimir en el mes de mayo de 1993
en los talleres de Impresión y Diseño.
La edición consta de mil ejemplares
y estuvo al cuidado de
Juan Domingo Argüelles.

FONDO EDITORIAL
TIERRA ADENTRO

A través de la edición de libros antológicos, individuales y colectivos de jóvenes autores del interior de la República, *Tierra Adentro* da a conocer nuevas voces y estimula la creación acercándola al público lector de México.

TÍTULOS RECIENTES

59.
Benjamín Valdivia:
Indagación de lo poético
(ensayo)

60.
Rosina Conde:
Bolereando el llanto (poesía)

61.
Regina Swain:
La señorita Superman y otras danzas (cuento)

62.
Carlos Adolfo Gutiérrez:
Sarcófagos (poesía)

63.
Joaquín Hurtado:
Guerreros y otros marginales
(cuento)

64.
Marlene Villatoro:
Estigmas (poesía)

65.
Bernardo Esquinca:
La mirada encendida
(cuento)

FONDO EDITORIAL
TIERRA ADENTRO
66

No se elige ser poeta, y lo sabe muy bien Juan Carlos Bautista.

También se sabe elegido, y por ello se relaja ante las violentamente dulces visitaciones de la poesía. Sin oponer ninguna resistencia, en lasitud beatífica, viaja hasta los sitios más recónditos del placer y del dolor poéticos, tembloroso de miedo pero valiente, como buen niño explorador de lo prohibido. En esos espacios, ocurren los relámpagos que le permiten ver lo que nadie ve —como el otro Juan, en Patmos—, y ser poseído, cuir, cuir, cuir, por parvadas de emisarios divinos que tal vez no han existido nunca. Y nos cuenta sus visiones, sus iluminaciones, sus íntimos relámpagos, en este *Cantar del Marrakech*, uno de los poemarios más intensos que ha producido nuestra joven poesía, escrito con esa sabiduría y esa sagacidad de las grandes salmodias, y esa sinceridad desgarradora y estimulante de las visiones que nos elevan a lo más alto de los cielos, aunque éstos no sean más que los mingitorios transfigurados del Marrakech, donde abrevan los caballos...

José Ramón Enríquez

